



Aires de carnaval:

La morenada

En 1993, la Fraternidad Morenada Central fundada por la Comunidad y la morenada de la comunidad cocani recobró su brillo primigenio

Amigos que ya no están

Como siempre, alguien que habla a gritos pidiendo cualquier cosa. Otra vez la música estridente de una radioemisora y de pronto un programa de TV. con videos musicales. Otra vez el ruido de las bocinas de automóviles y la aguda señal de un carro que reparte gas a domicilio, se adueñan de nuestros sentidos; sin embargo, hay un silencio total, silencio absoluto que parece haberse adherido fuertemente a las paredes, al aire, al patio trasero, a cada uno de los ambientes de la casa.

Por la mañana, abro la ventana del dormitorio y entra por ella sólo la luz del sol, y siento que falta algo profundo, algo significativo, algo que le dé sentido a cada amanecer, esa inseparable compañía de años.

Ya no están más. Lamentablemente ya no están. Sólo nos queda la luz del sol, que también debe entrañarlos y con seguridad los busca cada mañana, debajo de las tejas donde solían dormir por las noches, aun en invierno, o quizá en algún hueco de la pared de adobe, que por muchos años fue su acogedor nido.

Ya no saludan al amanecer con su canto, con su chirrido agradable, que nos hacían imaginar escenas familiares cual recomendaciones al más pequeño para aprender a volar, aprender a vivir.

Los cables de luz están vacíos a pesar de llevar luz en su interior. La antenas de televisión parecen desnudas y al estar a mayor altura, tal vez su búsqueda es mayor, porque segura estoy, que ellas también los extrañan y los esperan.

¿Dónde están?... ¿Dónde se han ido?... ¿Qué ha pasado con ellos?

Por las mañanas, ni un trino, ni el más leve asomo de ese chirrido tan familiar..... ¿Qué pasó?

Eran tres los pájaros que vivieron junto a nosotros durante tanto tiempo, muchos años. No sé cuántas generaciones, pero lo cierto es que estaban ahí... siempre... y hoy ya no están más. ¡Qué vacío!... ¡Qué silencio!

Las niñas tenían cinco años cuando ingresaron a la escuela, y todas las mañanas a tiempo de salir, se despedían de esos pajarillos inocentes con la promesa de volver a mediodía. Muchas veces las ví alborozadas observando cómo el pichoncito aprendía a volar siguiendo a sus mayores. Alguna vez lo vimos caer en su intento y volvimos a colocarlo con sumo cuidado en el hueco del tejado, ante el reclamo airado de sus padres que batían sus alas, imaginando quizá, que íbamos a quitarle su criatura.

Recuerdo que mi hija, de pequeña, recogió feliz una frágil plumita y la guardó en su libro de lectura con cariño. Y no era raro ver que echaran migajas de pan al patio para verlos comer apresurados, brincando rápidamente para alcanzar otro bocadito.

Si alguna de ellas enfermaba, con sólo escuchar su canto y verlos por la ventana posados en el borde del tejado o haciendo travesuras en pleno vuelo, asomaba a su carita una dulce sonrisa.

Cuando mi sobrina sufrió un accidente y tuvo que permanecer muchos meses en cama, esos pájaros fueron la compañía perenne y fiel que tuvo. Nos contaba que cuando se quedaba sola, esas pequeñas aves no se cansaban de trinar y ella captaba diálogos imaginarios que disipaban su soledad y la rescataban de su tristeza.

Fueron los más consecuentes compañeros de su infancia, de su adolescencia, de sus días de sol, la preocupación permanente en las noches de lluvia y su inquietud en el invierno.

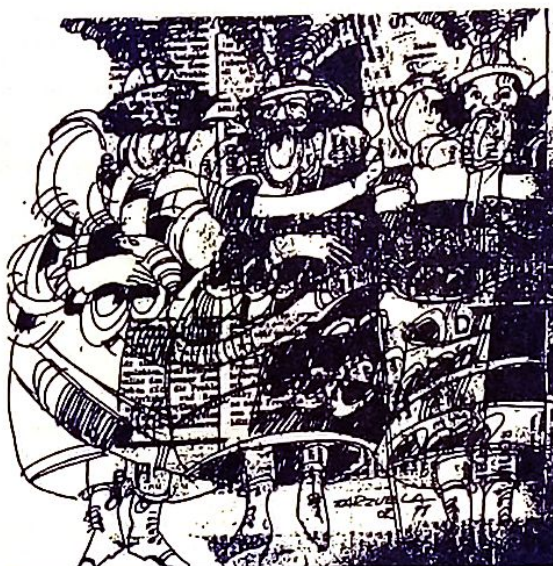
Ahora ellas son mayores, y desde hace un par de meses... ¡los pájaros han desaparecido!

¡No me acostumbro a ese silencio!
Deseo volver a escuchar su canto. Saber que están nuevamente ahí. Sentirlos más cerca, dentro nuestro corazón y nuestro hogar.

Necesitamos que vuelvan nuestros cantores a nuestros días, a nuestra vida.

¡Como un ser tan pequeño, puede hacer tanta falta!

María Luisa Zevallos
Enseñó literatura, reside en Oruro.



En la noche del viernes de carnaval de 1993, reunidos junto a una humeante mesa de K'ho'a cuyos augurios, traían un buen presagio, un reducido grupo de personas rezan de rodillas a la Mamita Candilla, encomendando a ella sus vidas, puesto que la dura faena que están por emprender no es otra cosa que un tributo a su fe. El humo del incienso y el copal inunda el ambiente; santiguaciones y murmullos en aymara se confunden en el aire. Una humilde casa de paredes de barro millenario y techo colonial alberga a esta singular cofradía. Van a dar las doce. Afuera, una multitud respetuosa aguarda en silencio, entre el frío viento del altiplano y la gran expectativa por los acontecimientos futuros. Parece un ejército dormido ante el oráculo donde sus generales han ingresado a buscar señales protectoras para la batalla del alba. Cuando por fin se abren las puertas de la casa, el aroma de los humos rituales se expande a los cuatro vientos y aparecen, como salidos de un sueño, señoriales casi míticos, los ponchos de vicuña, los negros sombreros y los bastones de mando, ante las huestes enmudecidas. Ellos son: Marcelino Flores, Gerardo Núñez y José "Jacha" Flores. ¡Jallalla cocanis! grita el primero y todos responden ¡Jallalla!, inaugurando con ese grito un importante momento del carnaval Orureño. La Morenada Central que fuera fundada por una selecta comunidad el 29 de noviembre de 1924,

volvía a ser de los cocani Socavón había dado su

Esa mañana, la ciudad ese es el punto inicial de la Morenada Central consigo trajo el apresto de la víspera, la Morenada comienza a perfilarse y atraerá más atención en el estruendo del platillo los compases de La Arcada ensortijados trajes borra pañaba a una legión de soldados, como arteras lanzando un ritmo constante de monedas de Polvitas cuernos de abundancia rumor de mar embravecido de mirada desafiante y el conjunto y sus trajes caporales (capataces) y hombres rudos si los hablan los esclavos e imponer a los morenos herederos de los Antepasados vistiendo pollerín tubo. Morenos pollerín fuele.

Y las bandas, ¡Ay! la una tromba apocalíptica paso. Sinforiano Gonzales un tenaz capitán capea vida no quiero sufrir felicidad! La banda 10 Y la Pagador fraseaba de trompetas: a la morenada morenada de los cocani

Todo había comenzado río barrido por los vientos central, en mitad de la empuja al hombre a por planicie flaqueada por la gestión de Mallkus, Uywtr gestarse la gran aventura cocanis.

Los pobladores de Villa Ta, Pucho, Yacariri y Jajal comerciaban con hojas llevándola en sendas cestas y incluso más lejos siva migración a finales de los centros poblados más principalmente a La Paz